

“Me absorbe la docencia”

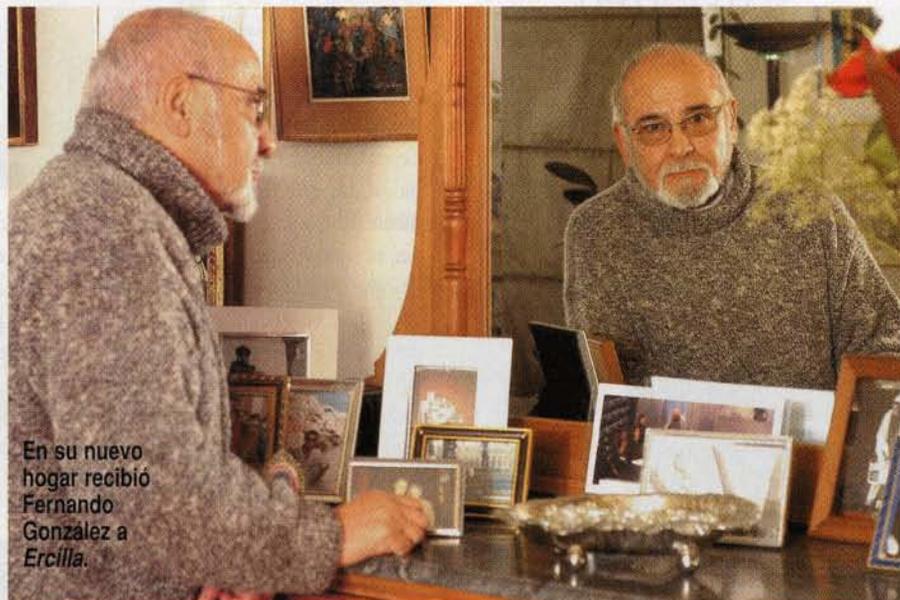
Hombre de teatro,
Fernando González vive un
año de locura y placer.

Trasmite cariño y respeto. El mismo que deben sentir las varias generaciones de artistas que enseñó y que hoy lo reconocen como “maestro”. Francisco Melo, Benjamín Vicuña, Diego Muñoz, Aline Kuppenheim, Tamara Acosta, Francisco Reyes, Pablo Schwartz, Angela Contreras y Néstor Cantillana, sólo por nombrar algunos.

A sus 66 años, Fernando González Mardones, actor, director y profesor, fue galardonado —por decisión unánime— con el Premio Nacional de Artes de la Representación y Audiovisuales 2005, máxima distinción teatral del país, que se entrega cada dos años. “El jurado valoró especialmente sus notables cualidades como formador de actores y actrices, ejerciendo la docencia a lo largo de toda la vida sin perder jamás la vitalidad y generosidad”, señaló en la ceremonia de entrega el rector de la Universidad de Chile, Luis Riveros.

Y es que este hombre respira teatro. Egresado de la Escuela de la Casa de Bello —donde se desempeñó como actor desde 1960 y de la cual, hasta la fecha, es académico— su currículum consigna estudios de posgrado y magister en Dirección Teatral. Estuvo a cargo de múltiples montajes, entre ellos “Romeo y Julieta” (Shakespeare), “Bodas de sangre” (García Lorca), “El violinista en el tejado” (Sholem Aleijem), “Un tranvía llamado deseo” (Tennessee Williams) y “La ópera de tres centavos” (Bertold Brecht). Además, fue fundador de la “Escuela de Teatro Itinerante” (1978), donde por tres años promovió el establecimiento de centros teatrales en regiones e incentivó a jóvenes creadores —como Andrés Pérez y Alfredo Castro— a buscar nuevas formas escénicas, renovando el teatro chileno de los 80. Tiene, además, su propia academia, creada en esa década, y fue, entre 1994 y el 2000, subdirector y director subrogante del Teatro Nacional.

El sorpresivo reconocimiento viene a sumarse a este “año de locuras y emociones”, como él lo define. Algo que partió con su cambio de departamento a un piso 21, siendo un miedoso de las alturas y temblores; el traslado de su Club de Teatro a la calle Constitución 75, y donde pronto inaugurarán un pequeño tablado, y —lo más importante— su regreso a la actuación, luego de 32 años alejado de los esce-



En su nuevo hogar recibió Fernando González a Ercilla.

Cristian Martínez

narios. De la mano de su discípulo Alexis Moreno, y junto a la Compañía “La María”, actualmente participa en “Numancia” (de Cervantes), interpretando a un viejo maestro de ceremonia. La obra, donde también actúan Amparo Noguera, Alexandra von Hummel, Antonia Zegers y Marcelo Alonso, se presenta en el Teatro Mori. “Realmente no sé cómo me perdí tanto placer”, comenta al recordar la cantidad de años que pasaron desde la última obra que interpretó: “Jorge Dandin” de Molière, que debió finalizar por el golpe militar.

Pero hay más: espera seguir actuando e incluso piensa volver a dirigir tras el ofrecimiento que le hicieron sus seguidores, Benjamín Vicuña y Gonzalo Valenzuela.

Hartas cosas en un año...

—Sí. Da miedo. Porque la frase que no me atrevo a decir es que estoy feliz, ya que los dioses se enojan de repente; pero es un año lleno de emociones y cosas positivas.

¿Cómo vive estos últimos días después de la premiación?

—Esto es absolutamente desusado para mí, porque soy una persona de bajo perfil. Yo más bien me llevo en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile y en mi academia, conviviendo con los alumnos dentro de una sala de clases. Si bien no puedo desconocer que la actividad me dio un cierto prestigio, no tengo fama, entonces, esto se acerca más a lo último. Pero el premio es algo bien emocionante, no me lo esperaba.

Al parecer ahora tiene varios proyectos en car-

petá. Víctor Carrasco lo tentó para actuar en “Roberto Zucco”.

—Sí, la empezaremos a ensayar a fines de octubre y se estrenará los primeros días de enero. También voy a actuar en “Galileo Galilei”, de Bertold Brecht, donde viene un gran director chileno a dirigirla, Alejandro Quintana, que vive en Alemania. Y está lo de Gonzalo Valenzuela y Benjamín Vicuña, donde voy a dirigir.

La última vez que dirigió fue el 2001, con “Ardiende paciencia”, en la Universidad Católica. ¿Por qué se alejó de la dirección?

—No siento que me haya retirado. Lo que pasa es que me absorbe mucho la docencia, me llena de dicha. Además, lo paso tan bien, me río tanto con mis alumnos.

TRANSMITIENDO VOCACION

Agudo y disciplinado, características que lo reconocen como docente, es igualmente famoso por la estrecha relación que forja con sus alumnos, casi “abuelal”, como alguna vez él describió. Tanto se preocupa que le faltó poco para convertirse en asesor comunicacional, queriéndole poner nombres artísticos a sus actores, como Néstor Igor (por Cantillana) o Juan Francisco Melo. Hoy se ríe de la ocurrencia: “A mí también en una época no me gustaban mis nombres. El primero, Aníbal, que de hecho no me gusta nada, y Fernando, que lo encuentro demasiado popular. Solamente lo vino a prestigiar el famoso tenista joven, pero es bastante fome. Y me pasó que en la literatura española descubrí que exis-

tía el conde Fernán González, y eso de tener un nombre con tradición me gustaba mucho, entonces, si yo hubiera sido un actor famoso, me habría puesto así”.

Usted siempre declara que entre docencia, actuación y dirección, prefiere hacer clases.

—Sí, es cierto. Cuando era niño existían las escuelas normales que formaban maestros para la educación primaria —como se llamaba en esa época a la enseñanza básica—, y mi madre, viendo mi interés, me llevó a dar un examen a la Escuela Normal José Abelardo Núñez. Desgraciadamente salí mal, así que no pude ser profesor normalista, pero me gustó toda la vida la docencia. Finalmente caí en la que menos atractiva me era, la universitaria, pero como es de teatro es lo mismo que si estuviera entre el jardín infantil y la enseñanza media, porque es gozoso. Es un juego constante, una actividad muy linda. Formar actores es algo emocionante. Verlos crecer, cómo van descubriendo el mundo del teatro, cómo crean personajes y cómo progresan.

Como formador teatral, ¿qué intenta transmitir?

—Diría que lo más importante es que el joven se descubra. No pretendo inculcar muchas cosas, sino que ellos conozcan la disciplina, su creatividad, y que lo gocen.

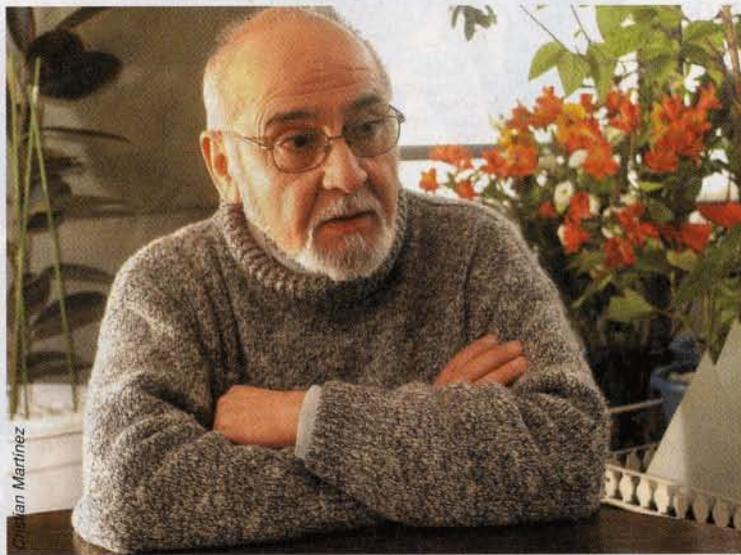
Hoy trabaja con “La María”, una compañía joven, muchos de ellos alumnos suyos, ¿qué le parece?

—Es un premio del cielo. Alexis Moreno y Alexandra von Hummel son muy talentosos, trabajadores, respetuosos del arte; son muy osados y se pasa muy bien en esa compañía. Tengo magníficos compañeros de escenario. Realmente es un privilegio estar allí, y más encima me pagan.

Una crítica constante es que hay muy pocas salas. Alfredo Castro lo comparó con el caso francés o alemán, donde el Estado entregó teatros a ciertas personas para que pudieran administrarlas como un bien social.

—En Chile las comunas no le otorgan ningún valor a las artes escénicas. No tienen presupuestos para la cultura y la entretención de la gente, y después se quejan que son delincuentes, drogadictos o borrachos. Siento que en cada municipio debería haber una sala, y si son muy pobres podrían juntarse dos o tres y crear un municipal. Aquí pasan cosas muy feas. Ahí por el año 32 se inauguró en Santiago un teatro muy bello en la calle Compañía, al lle-

gar a la Plaza de Armas, que fue el Teatro Real. Era un magnífico lugar, neorrenacentista español. Después lo compró la tienda Hites, lo pintó de blanco, borró todos los murales y se acabó. Ahora en el escenario hay refrigeradores y cocinas. Hay una agresión tan grande a la cultura que creo que es una burla. Matar aquí algo de 1932 supongo que equivale en Europa a liquidar una pieza renacentista, poco menos, porque como nuestro país es tan joven, vamos a cumplir 200 años de vida independiente, tener monumentos de 80 años es una cosa muy vieja. ¿Y qué pasa?, se destruye. Ahí está botado el Tea-



El profesor, actor y director afirma que “los teatros universitarios perdieron su norte”.

tro Esmeralda, en San Diego, al llegar a avenida Matta. Un escenario precioso, y ni al alcalde ni a nadie le interesa colocarle butacas, por lo tanto, no sirve. No sé, creo que debería darse en comodato a grupos teatrales serios para que no los destruyan, los cuiden. Ahora, los empresarios que suelen construir salas a veces los hacen economizando tanto que terminan siendo muy incómodas.

SUS MEMORIAS

¿Qué recuerda del Teatro Itinerante?

—El recuerdo más amargo es que dependía de la dictadura; pero lo amable es que desde ahí también se luchaba contra ella. Fue algo muy terrible vivir una especie de persecución constante, pero al mismo tiempo fue bueno tener un lugar desde donde hablar. Un día me comunicaron con mucha felicidad que se acababa, porque supongo que la miraban como una especie de escuela de guerrilleros, una cosa así.

¿Y del Teatro Nacional?

—También, como todo, recuerdos de dulce y de

agraz. Yo me formé allí, pero éste llegó a ser una institución demasiado pobre. Su funcionamiento es como independiente, algo no deseado por mí. Ahora es el director quien consigue dineros para financiar las obras, transformándose en una especie de productora de espectáculos. Bueno, en general creo que los teatros universitarios perdieron su norte, porque antes eran movimientos renovadores, con gente de todas las edades: con directores, diseñadores, intérpretes y dramaturgos; todos iban creando un torbellino de actividad. Pero hoy se estrena una obra y luego se llama a otro director para que haga otra, y cambian los elencos. No es una meta soñada.

¿Por eso se retiró?

—Es que no soy un gestor cultural, ni un empresario que vaya a canjear cosas o conseguir dineros. Yo al Teatro lo dejé muy bien, pese a que no conseguí platas extras, pero quedó con un repertorio chileno magnífico, con giras exitosas a Europa. Sin embargo, tengo que vivir también. Necesito trabajar fuera del teatro porque mi sueldo es muy bajo. He sido muy pobre en mi pasado como para seguir siéndolo.

DE PREMIOS Y HONORES

Postulado por la Universidad de Los Lagos, Fernando González recibirá, como Premio Nacional, algo más de 13 millones y una pensión vitalicia equivalente a 20 UTM (alrededor de 600 mil pesos mensuales), dinero con el que vaticina, sonriendo, “terminaré de pagar el departamento”.

Usted le dedicó el premio a tres personas.

—Sí. Ese día recordé a mi maestro Pedro Orthus, que es el más grande director teatral de Chile en el último medio siglo. Nadie tiene, para mi gusto, las alturas de él; a Sergio Aguirre, mi amigo y compañero de escuela, que falleció, y a Víctor Jara, que pese a que no gocé de su amistad, le tengo una admiración muy grande. Creo que él habría sido un gran Premio Nacional de Arte. Igualmente ahora pienso en tanta gente, no tan sólo ellos, hay muchos, con grandes valores, que no tienen un premio o una satisfacción.

Recuerde que le va a tocar ser jurado en dos años más...

—Espero que los candidatos sean buenos. A mí me gusta Tito (Héctor) Noguera, por ejemplo. Pienso que él realiza una labor magnífica, de una forma muy solitaria, independiente; mostrándose como actor, creador y maestro. Es muy notable. 

Daniela Cúneo M.